

# EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 23 de Septiembre de 1922.

Número 36.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres; 5 año.—Provincias: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Utramar y Extranjero: 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales: 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## De jueves á jueves

¿Qué habría que hacer ahora con quienes, habiendo gobernado España un año y otro, no han implantado el protectorado civil con lo fácil que era?

Prescindiendo de lo que los moros han puesto de su parte desde julio del año pasado acá, ha sido suficiente que el Alto Comisario pronuncie tres discursos llamando *decadente y bárbara* á la civilización gótica, incluso su campeón don Pelayo (si el apóstol Santiago me parece que sale con bien del discurso último) y llorando el remordimiento de haber «abandonado un día (¡ahí va esa Cisneros!) al hermano de madre, aunque de religión distinta, que nació en el mismo hogar y murió en la misma tierra, se nutrió con la misma leche, comió el mismo pan y vivió bajo el mismo cielo». Ahora, según el Alto Comisario, nos merece el mayor respeto la religión musulmana que *no es necesario que se altere nunca*; y no es porque hayamos echado por el camino de respetar todas las religiones, porque en el mismo discurso se llama á la de los indios americanos *idolatría bárbara*; bárbara, como la civilización gótica.

Han bastado —reanudando el hilo del argumento— la oratoria pacifista del general y un decreto en virtud del cual el *delegado de asuntos indígenas* se llamará en adelante *inspector general de Intervención civil y servicios jafifanos*, para que el protectorado civil quede sólidamente implantado; y aun para que inmediatamente se eche á volar que ha pedido la paz Abd el Krin.

[Con lo sencillo que era, y diez años pasando fatigas! No s hemos metido de rondón y como quien no hace nada en una labor de compenetración y de fraternidad, para emplear las mismas palabras del general Burguete. Hasta ahora los moros no han conocido de nuestra organización social y de nuestro progreso más que la parte militar; y aunque con ella parece que ya les fué bastante bien, en adelante, puesto que nacieron en el mismo hogar y murieron en la misma tierra, y se nutrieron con la misma leche, van á disfrutar nuestra misma administración de justicia, y nuestro mismo sistema de Instrucción y de Higienda, y nuestro mismo servicio de Correos.

Y entonces si que van á necesitar esa protección que el Alto Comisario pedía á Alá para Muley El Mehedi.

A pesar de que el Papa da grandes ejemplos de transigencia permitiendo que le regalen un aeroplano y un automóvil (¡cualquiera se acuerda ya de aquellos tiempos en que la Iglesia atribuía los puentes al diablo!), hay obispos que no atascan. El de Barcelona, por ejemplo, acaba de publicar una pastoral contra el juego, que chorrea condenaciones eternas.

No hay modo de meter en la cabeza á algunas personas que el principal acierto, y casi la única ocupación de la Iglesia, ha sido ir trampeando con los pecados capitales. ¡Pobre de ella si se hubiera atrevido á decir y á sostener de plano, excomunión en risa: *no se roba, no se mata, ó no se fornicar*.

Manga ancha para no ir contra la corriente es lo que ha de tener en primer lugar un padre de la Iglesia, ilustrísimo Sr. Obispo de Barcelona. Y el vicio del juego se ha puesto ya de modo, que veo á la Iglesia, condenando el juego, sí, pero vendiendo bulas para poner un durillo á la repetida.

## Otra vez Santa Rita

### ¿QUE PASA ALLI DENTRO?

Todos los periódicos relatan el suceso ocurrido el domingo 17 en el teatro de Maravillas. Un joven escapado del Correccional de Santa Rita abandonó precipitadamente un palco creyendo que dos señores que le miraban con fijeza eran policías que le buscaban. Después de recorrer balcones y

tejados, y de zafarse de la detención, lograron aprehenderlo. Pero lo notable es que en este caso, como en los demás de evasión del odioso Correccional, el liberado se mostró dispuesto á todo, incluso á jugarse la vida, antes de volver á la casa de Reforma. Y así lo dijo revólver en mano.

Cualquier día vamos á tener una noticia relacionada con el Correccional de Santa Rita. Y desde luego no pasa mucho tiempo sin que nos cuenten un motín de muchachos, un suicidio ó una ristra de asquerosas depravaciones.

Abraham Polanco en su famoso libro contó cosas edificantes y demostró con datos y lógica irrefutables, que allí no puede corregirse ningún chico. Como ocurre siempre en este país, no se le hizo caso á pesar de que su obra era documentada, serena, definitiva, y de que la campaña duró dos años y produjo numerosas y sonadas incidencias, desde un debate parlamentario, hasta un par de cuestiones personales. ¿Será cosa de volver á empezar?

A ver si se cansa España de consentir immoralidades y horrores como los que todos sabemos y oímos, como los que los mismos correctores se encargan de recordarnos á cada paso. Ya va picando en histria eso de que los muchachos que conocen el Correccional prefieran ir á la cárcel ó morir antes que volver entre sus muros. ¿Qué pasa allí dentro para que tanto temor despierte? Si á pesar de las recomendaciones y recursos de los correctores, trascienden á la opinión muchas y graves cosas, podemos calcular los que quedan en el misterio.

Es preciso que eso acabe, que se revisen las acusaciones de Abraham Polanco y que se cierre el Correccional ó se ponga—debidamente reformado—en manos más dignas y más inteligentes.

Y este asunto no hay que perderlo de vista.

## Carta que contestaré

Sr. D. José Níkens.

Mi distinguido y estimado amigo: En las cuartillas adjuntas doy mi opinión sobre la vida de EL MOTÍN, por considerarlo un derecho (así como suena) que nos asiste á los que estamos obligados á velar por usted y su periódico; opinión que ya expuse un par de veces desde las columnas de EL País.

La segunda idea vengo acariciándola



desde hace algún tiempo para llevarla á cabo con mi propio esfuerzo, pero mi buen deseo se estrella ante los inconvenientes esenciales; y estimando perentoria su realización, renuncio á mi individuo *ista vanidad*, si así queremos llamar á mi deseo, y la echo á volar para ver si alguien la siente como yo y entre todos la llevamos á la práctica.

Anticipo á usted que, si por cualquier clase de consideraciones, no quisiera que apareciesen en el periódico, la haría publicar en otro, y si esto no me fuera posible, por manifiesto, carta ó como sea, re, querré la opinión de los demás suscriptores.

Debemos preocuparnos de la actual vida de EL MOTIN y prevenir las contingencias de la futura.

¿Quién recogerá esa gloriosa herencia? ¿Dónde se encuentra el continuador de esa grande y generosa obra?

Meditemos todos; meditemos.

Un apretón de manos de su buen amigo.

Madrid, 18 de Septiembre de 1922.

ENRIQUE SANJURJO

Plaza de Santo Domingo, 5

## Yo también opino

...que es necesario, de todo punto indispensable, elevar el precio de EL MOTIN. En primer lugar, por las consideraciones expuestas en los correligionarios Ibañez Carles y Budén, y en última instancia, por la declaración explícita y rotunda de su fundador y ex propietario, nuestro querido amigo don J. NAKENS.

«En conciencia yo no debería tenerme ya por propietario de EL MOTIN», de jara palatinamente y dice que los 2.000 suscriptores directos lo sostienen.

Largo esto demuestra que ingresa el periódico 2.000 duros anuales, con cuyas diez mil pesetas ha de pagar papel, composición y tirada de 52 números, gastos de administración y subvenir á las necesidades de su director.

Como se puede ver, con tan poco dinero no es posible la vida de la publicación, y así, pues, su vida es solo aparente, nada más. Con ese dinero podría vivir acaso y eso modestamente, Nakens, puesto que á todo el mundo consta que no existen ingresos de otro carácter en esa administración.

Y siendo esto así, la deducción es bien clara y elocuente: vive, sí; pero mal, también. Y esto ni debemos ni podemos consentirlo.

¿Que no quiere imponernos su voluntad? Perfectamente; pero en el libre uso de la nuestra, y en calidad de *actuales propietarios*, podemos disponer de lo nuestro á nuestro antojo; antojándoseme á mi proponer á los demás propietarios:

Primero. Duplicar el precio de la suscripción; y

Segundo. Hacer una suscripción entre todos nosotros, para tirar un número extraordinario á EL MOTIN editado á la *antigua española*, esto es: cubierta litográfica y texto en carácter con la fisonomía que imprimió su época de esplendor, número que rememorara sus brisas campesinas, y que sirviera así como de homenaje á su fundador, al par que de *apoteosis* del GRAN MOTIN.

Podría aparecer en 1.º de Enero del próximo año, hasta cuya fecha hay tiempo de organizarlo todo, abarcando esta idea, no

solamente las dos finalidades primordiales antes expuestas, sino que también un ingreso quizás no despreciable á beneficio del periódico.

¿Agradezco la idea, queridos correligionarios, amantes del progreso, espíritus *motinescos*?

Entre muy pocos, podíamos realizarla.

ENRIQUE SANJURJO

Amigo Sanjurjo: Contestaré á su carta en el próximo número. No lo hago en este, porque no se me ha ocurrido hasta ahora la respuesta que merece su cariñosa intención.

Hoy me limito á manifestarle que, como Ibañez Carles y Budén, ha echado usted mano de un argumento contaproducente para convencerme de que conviene duplicar el precio de suscripción de EL MOTIN.

Si todos los que fueran de la opinión de los tres, me enviarían para reforzarla 25 pesetas, como usted ha hecho, debería yo, pensando egoístamente, dejar las cosas cual están, pues esto sería, no ya *duplicar* la suscripción, sino *quintuplicarla*.

Y no quiero ni pensar en lo que haría entonces yo, con *cinquenta mil pesetas*, á pe de mis años y mis alifafes. Creo que algunos de éstos des aparecerían y aquéllos llegarían al centenar.

Hasta la semana que viene, pues, si es que acierto á enjaretar la respuesta.

JOSÉ NAKENS

## Abuso de confianza

José Molina, redactor de *Vida Nueva*, y que viene á verme á menudo, me dijo hace cosa de un mes que había hablado de mí con el doctor en medicina don Manuel Cárcelos, quien le anunció que vendría un día á charlar conmigo, de lo que me alegré. Hacía medio siglo que no cruzábamos la palabra. Y efectivamente, hace tres domingos se presentaron aquí los dos.

No sé si á todos los viejos les sucederá lo que á mí, que me siento atraído por todos los que conozco jóvenes, aun sin haberlos tratado. Calcúlese por esto la satisfacción que tuve al ver á mi lado al que conocí en tiempos de la revolución de Septiembre predicando la federal en los mítines, y ya en posesión de una popularidad que le permitió iniciar y llevar á cabo en Cartagena la insurrección cantonal de 1873 figurando en primera línea durante toda ella.

Después de los saludos y efusiones de rubrica, hablamos poco del presente y mucho del pasado. Cárcelos me confió que tenía escritos varios episodios de lo ocurrido en el Cantón, relatándose entre ellos uno que me interesó muchísimo. Le pedí que me lo enviase para leerlo, como así lo hizo.

Y yo, no sé si contagiado por los ejemplos de indiscreción comunes hoy en el periodismo, ó por mi deseo de ofrecer á mis lectores uno de hidalgía, frecuentes en aquella época, inserto á continuación ese episodio sin permiso del autor, contando con que me perdonará este abuso de confianza.

## Un episodio relacionado con la Revolución cantonal en Cartagena el año 73

Cuando la bondad radica en el corazón, las ideas más ocultas jamás son un obstáculo para que aquella se manifieste.

Manuel Cárcelos

A fines de Julio de 1873, la Junta Revolucionaria de Cartagena decretó que los vecinos pudieran pagasen un trimestre anticipado de contribución. Unos la satisficieron en el acto, y otros se ausentaron de la población, ó trataron de ausentarse, sin satisfacción.

Por aquellos días llegó á Cartagena una representación de los federales de Valencia (que á la sazón estaba sitiada) demandando auxilio. La Junta así lo acordó nombrándose, como miembro de la misma, para comunicarle dicho acuerdo y que resistiesen hasta la llegada de nuestras fuerzas.

E 30 de Julio salió de Cartagena tomando el tren con dirección á Chinchilla, para esperar allí el procedente de Madrid y dirigirme en él á Valencia. Me instalé en un departamento de primera donde se hallaba un matrimonio, de alguna edad, que me era desconocido.

Puesto el tren en marcha y después de haber pasado la estación de Balcázar, mis compañeros de viaje, que hasta entonces habían permanecido en silencio, me preguntaron si pensaba regresar á Cartagena, á lo que contesté negativamente. «Hará usted bien, joven, dijo entonces la señora; los otros tampoco pensamos volver mientras que está haciendo infinidad de atrocidades. Digan que el promotor de todo lo que allí ocurre es un mozozete llamado Cáceres ó Cárcelos, que está medio loco y que ha llegado á hacer poco de Madrid; ¡Vaya un apellidito bonito! En la cárcel es donde debía de estar el tal sujeto.»

Yo, mientras tanto, escuchaba impasible la filipica de aquella señora, sin revelar en mi semblante nada que la hiciera sospechar que era yo el aludido.

Después de una breve pausa continuó en esta forma: «Con nosotros se han llevado chascos esos republicanos, porque nos hemos comprometido sin pagar la contribución y trayéndonos cuanto dinero y objetos de valor teníamos en Cartagena.» —Me pareció bien, la contesté, disimulando la contradicción que me producía su conversación.

Al fin llegamos á la estación de Murcia, cuyo andén estaba ocupado por fuerzas de voluntarios que en voz alta prohibían á los viajeros descender del tren y notificándoles al mismo tiempo que tenían que regresar inmediatamente á Cartagena.

La confusión que se produjo fué enorme; desde las ventanillas se veía faraba sin cesar, protestando de semejante orden. Rogué entonces á uno de los voluntarios que hiciera presente á su jefe que un viajero deseaba hablarle. A poco rato se aproximó un oficial, al cual pregunté si me conocía. «Usted es el ciudadano Cárcelos», me contestó.

Oír mi apellido mi compañera de viaje y ponerse intencionalmente pálido, fué cuestión de un segundo. ¿Puede usted decirme, continué preguntándole, á qué bádecos la orden de regreso á Cartagena? «A un telegrama de la Junta, por sospechar que entre los viajeros que han llegado en este tren pueda haber algunos que no hayan satisfecho la contribución que se les impone.» Si esa es la razón, yo le suplico, que antes de complimentarla, telegráficamente á la Junta si me faculta, ya que me encuentro aquí y conozco el personal, para hacer dicha inspección y evitar de ese modo la molestia del regreso á los viajeros que no se hallen en esas condiciones. Así lo hizo, y una hora después la Junta contestaba autorizándome.

En el acto el jefe de las fuerzas dió la orden de que los viajeros se colocasen en fila en el andén. Yo me puse á su lado. Ordenó entonces que fuesen desfilando uno á uno por de-



lante de ambos. Llegó el momento en que correspondió pasar al matrimonio aludido, el cual se aproximó tembloroso, especialmente la señora, hasta el extremo de llamar a atención del oficial; lo que comprendiendo yo, le dije en voz alta: «Este matrimonio lo conozco a todos los caros de bienes». «Pues que pase» contestó. La señora se detuvo un instante con dudando de lo que me había oído decir; pero apartando yo mi impresión, les dije seriamente: «Marchen ustedes más deprisa que el tiempo urge y fáltan muchos viajeros que inspeccionar. A fí lo hicieron, no sin dejar de volver la cabeza repetidas veces, partiéndose la cabeza, oyo semblante revelaba un temor extraordinario.

Dos días después de lo que dejo relatado, el 8 de Octubre de 1875, se constituyó en Cortagana un Consejo de Guerra para juzgar a los jefes que tomaron parte en la revolución cantonal en dicha plaza el año 1873. El fallo del Consejo fue de conformidad con el dictamen fiscal, fue de pena de MUERTE, por una inmundicia para 33 de los acusados, haciendo yo por orden de relación, el número 17 de los sentenciados. El día 6, el Asesor dió su conformidad y el 17 el G.º barnador Militar confirmó la sentencia, ordenando que se le diera cumplimiento. (1) En aquella época me hallaba emigrado en Suiza.

En Enero del 1876 corrieron voces de hallarme oculto en Cortagana y que las autoridades me buscaban para prenderme. Cuando más insistentes eran estos rumores, se personó en casa de mi buena madre una señora desconocida, manifestándole que le había hablado reservadamente. Pasó a una habitación, y apenas tomaron asiento, la preguntó si yo estaba en Cortagana, a lo que contestó mi madre que lo ignoraba. «No me lo niegues usted, le replicó la señora algo evasiva, pues aunque profeso ideas contrarias a las de su señor hijo, tenga usted confianza en mí que no se arrepentirá por haberla oído».

La manera de expresarse aquella señora; su afirmación de tener ideas contrarias a las mías; su reserva respecto al objeto de su visita; el no darse a conocer, y su escabridad manifestada, hicieron creer a mi madre en un principio, según me dijo al referirme lo que antecedía, que se hallaba delante de una desequilibrada; pero dándose cuenta la desconocida de la impresión profunda en mi madre, variando repentinamente de expresión, la exhortó la razón y finalidad de su visita después de haberle referido los incidentes que dejo consignados cuando me dirigí a Valencia en el mes de Julio del año 73 en compañía de un matrimonio que me era desconocido. Después continuó en esta forma: «Yo, señora, como ya la he manifestado, soy monárquica; pero antes que todo soy agradecida, y mientras vivamos mi marido y yo, y Dios nos conserve la memoria, jamás olvidaremos el noble proceder de su señor hijo con nosotros; y por esta razón al llegar a nuestros oídos que le buscaban para prenderle, he venido presurosa a ofrecerles a usted incondicionalmente y ofrecerle nuestra casa para que se oculte, si efectivamente se halla en Cortagana y tratan de prenderle, en la creencia de que en ninguna otra podrá estar más seguro, ni despertar menos sospechas, excremamente por las ideas que profesamos, que son bien conocidas en la población».

Cuando terminó de hablar, mi madre le dió las gracias emocionadísima, repitiéndola que afortunadamente no me hallaba en Cortagana y que pondría en mi conocimiento su senda oferta.

A impulsos de un mismo sentimiento, se separaron con un fuerte abrazo y con los ojos humedecidos; y es que cuando la bondad radica en el corazón, las ideas más opuestas jamás son obstáculo para que se evidencie.

El dignísimo proceder de esta matrimonio prueba la verdad de mi afirmación, que consigno gustoso al relatar este episodio de mi vida política. —MANUEL CARRELES, Madrid, 1922.

(1) El Consejo estuvo formado por el comandante D. Angel Ortega, Presidente, y los oficiales don Enrique Navarro, D. Carlos Cano, D. Ramón Anido, D. Angel Ruiz, D. Justo Aznar Sutilier y D. Esteban Gómez, como vocales. Fiscal, D. Santiago Ontoria.

## Otro atropello

Str. D. José Nakens.

Querido don José: Tengo el disgusto de participarle que ha fallecido el antiguo lector y suscriptor de EL MOTIN, D. José López Díaz, de rápida enfermedad. Se empezaron las gestiones para que el entierro fuera civil, como era la voluntad del finado y de su esposa D.ª María Navas Sánchez, y ya estaban extendidos algunos documentos por el juzgado y empezado a hacerse el nicho en el Cementerio Civil, cuando los reaccionarios vieron un testamento que hace más de veinte años hizo el difunto, en el que declaraba ser católico, y empezaron los trabajos de zapa, haciendo saber a la viuda que incurría en responsabilidad si no cumplía el testamento de su marido.

La señora, desconcertada y abrumada por el peso de su desgracia, sabiendo con quién se la había, cedió para evitar que el cadáver pudiera estar insepulto, como tantas veces ha ocurrido en casos semejantes; pero les hizo roer el hueso, pues el entierro fue de la más absoluta miseria: una caja sin cruz, y en la casa mortuoria nada que oliera a clericalismo, y así cargaron con el muerto. Y lo que los curas y su camarilla creyeron una victoria fue una derrota, según reconocen los espíritus imparciales que concurren al triste acto, muchos por cierto, pues resultó una ceremonia macabra que abofeteaba el rostro de los que impedieron que fuera un acto solemne.

La viuda, doña María Navas Sánchez, me ha entregado 25 pesetas para ayuda de EL MOTIN, por ser así su voluntad y la de su difunto esposo, y desea que la suscripción de su marido pase desde luego a su nombre, encareciéndome dé a usted sus más efusivos recuerdos.

También le remito yo diez pesetas para ayuda de EL MOTIN, que con las 25 pesetas anteriores hacen un total de 35 que le remito hoy por giro telegráfico.

Sabe cuanto le quiere,

VICENTE ROLDÁN VAZQUEZ.

Cortagana, 18 Septiembre 1922.

Los mequetrefes políticos que niegan la existencia del problema clerical en España ¿qué dicen a esto? ¿Pueden ya los clericales ir más lejos en sus atropellos? Si abusar del dolor y desconcierto de una mujer que acaba de perder a su esposo, para apoderarse del cadáver y enterrarlo en el cementerio católico contra la voluntad manifestada por él y mantenida por ella, no es una prueba palmaria de que el problema existe, y urge resolverlo ¿cuáles otras se necesitan?

Los clericales de Cortagana creerán que han alcanzado un triunfo. La conducta de doña María Navas después del enterramiento, les demuestra que ha sido una derrota. En adelante, todos los que deseen ser enterrados civilmente tomarán las precauciones necesarias para que su voluntad sea respetada.

Doy mi pésame a esa señora viuda por la pérdida que ha sufrido, y alabo la entereza con que defendió la volun-

tad de su esposo, cediendo únicamente por temor a que profanaran su cadáver las alimañas clericales. — J. N.

## DEL SANTORAL A LAS MEDIAS DE SEDA

En las iglesias de Madrid se distribuye entre los fieles ejemplares de la *Hojita* titulada *Semana Parroquial*; graus, aún cuando no lo crean los que dicen que en esos edificios se cobra todo.

El número 651, que tengo a la vista, trae en cabeza el Santoral; después, un gran elogio del famoso inquisidor Pedro de Arbués, el que achicharró tanta gente y al que califica de *mártir*; a continuación otros trabajos para rellenar las tres planas y llegar a la cuarta, donde está el *basill* de la *Hojita*, es decir, los anuncios.

Entre ellos figuran:

Uno para estirar los callos.

Otro de flores para sombreros y vestidos; frutas artificiales y toda clase de adornos para iglesia.

Otro de un almacén de ultramarinos.

Otro de venta de pieles, abrigos, estolas, cosas nuevas y bonitas.

Otro de medias de seda.

Otro de medias de idem, únicas en que no se corren los puntos.

Tres de venta de chocolates.

Otro, recomendando una profesora de canto y piano.

Otro, una meillala escapulario.

Otro, anunciando carteras, mochilas y casacas.

Otro, edredones.

Otro, un colegio católico.

Como se ve, hay para todos los gustos.

El mí queda colmado al comprobar que en los templos se anuncia, en *Hojitas* piadosas, callos y escapularios; medias de seda y estolas; chocolates y mochilas. Ya nadie podrá sostener que en ellos se venden sólo productos espirituales.

Si Jesús se diera hoy una vuelta por aquí, tendría que satisfacer su justo enojo a la inversa que la otra vez. Entonces arrojó a latrazos a los que traficaban en el atrio del templo; ahora tendría que emprenderla con los que trafican dentro de él.

## OTRA HOJITA

En Alora (Málaga) se publica también una *Hojita* Parroquial.

De su literatura puede juzgarse por estos versos que titula *Soneto*.

### A LA SANTISIMA VIRGEN DE FLORES

A Vos, Virgen de Flores, nos rendimos todos los soldados de este pueblo que en el Rif y en la Patria compartimos de la milicia los desasosiegos.

Vos vinisteis aquí cuando los moros, por los Reyes Católicos vencidos, esta bendita tierra habían perdido, dejando a nuestros padres tal tesoro.

Si el español de Dios no blasfemara y en la Virgen viva fe tuviera, jamás a ningún moro le temiera.

Esta fiesta que se hace en vuestra gloria y honor, recordará una vez más que Alora responde siempre a su historia.

Y sus instintos inquisitoriales se comprueban en este

### AVISO IMPORTANTE

«Hace algunas semanas que en las calles de Toro, Palomar y otras fuera de



centro de la población, se hace propaganda de libros protestantes prohibidos por la Iglesia, regalándose una peseta á quien se aprenda una oración, que quien la enseña no tiene autoridad para ello.

Hijos de Aloral estad sobre aviso: quemad esos libros sin leerlos y despreciad una peseta envuelta en algodón extranjero.

¡Sr. Alcalde! por la Virgen de Flores, protectora de la fe en este pueblo, que los agentes de su autoridad eviten esto.

¡Marías de los Sagrarios! pedid á Jesús Sacramentado nos libre de semejante calamidad.

A la chabacanería literaria de los versos, responde cumplidamente la mala intención de la prosa.

Fanatizar y quemar. Este es hoy, como ayer, el programa de los clericales.

## Éra de esperar

En la mañana del domingo se dió un gran escándalo frente al Colegio de monjas de la calle de Fuencarral, número 113.

Estas buenas señoras, en su mayoría desertoras de la legión del Estropajo, explotando á las asiladas hacen competencia ruinosa á las planchadoras de oficio.

Ese día, un numeroso grupo de éstas se situó frente á la entrada que tiene el Colegio por la calle del Divino Pastor, y al salir varias asiladas con un carrito á repartir la ropa blanca, se lo volcaron, entre gritos y denuestos contra las monjas que les quitaban sus medios de vida.

Como el escándalo tomara gran incremento, acudieron fuerzas de la Guardia civil de la Comandancia del Norte, y de Seguridad, y dieron una carga para disolver á las planchadoras, niñas en su mayoría, deteniendo á cuatro.

Poco después se presentaron en la Comisaría dos asiladas, no á pedir clemencia para las detenidas en nombre de los monjas, sino para denunciar por agresión á otras tres planchadoras, que ingresaron en la cárcel como las demás.

La competencia ilegal que los Asilos religiosos hacen á las trabajadoras libres, dará lugar á conflictos más graves.

Es muy difícil mantenerse en los límites de la prudencia cuando se sufre hambre porque en los Asilos donde explotan el vicio y la desgracia acaparan el trabajo rebajando el precio al parroquiano, por no tener que pagar jornales.

## MEDITACION

Viendo desnudos los árboles del jardín de su convento y las amarillas hojas arrastradas por los suelos,

tomando el sol una tarde exclamaba un fraile viejo:

«¡Id con Dios, hojas queridas, á quienes mis ojos vieron frescas, jóvenes, lozanas, moverse de Mayo al céfiro.

Yo también he sido joven, ¡con tristeza lo recuerdo!; también estuve lezano y he sido bastante fresco.

Si viviera. No diría aquella doña Consuelo, mujer de aquel conñado capitán de granaderos, y docenas de devotas, y las monjas de San Telmo, y tantas, tantas cofrades de la Virgen del Remedio.

¡Qué tiempos, ay! Ya pasaron, y no volverán de cierto que ya estoy, como vosotras, rugoso y amarillento.

Vosotras y yo perdimos savia y vigor de otro tiempo; ¡qué tristes hojas y frailes cuando se acerca su invierno!

J. G. L.

## El onceno no estorbar

Estaba el cura don Casto dentro de la sacristía hablando con una joven que fué á encargarle unas misas, cuando un monago travieso tuvo la idea malísima de interrumpir el diálogo y el cura sintió tal ira, que agarrando un crucifijo que pesaba siete libras, se abalanzó al imprudente y le rompió tres costillas. ¡Monagos, no interrumpáis las conversaciones místicas que á solas tienen los curas con las devotas bonitas, si no queréis exponeros á sufrir una palizal!

## Remedio santo

Guapa, joven y rolliza, y un si es no es devota era la apreciable señora de don Lucas Ventosa, médico titular del pintoresco pueblecillo de... No hace falta el nombre de la localidad: bastará decir que el vecindario era escaso, que tenía cinco iglesias, dos conventos de monjas y uno de frailes, este último bajo la advocación de nuestro santo padre San Francisco. (Se me olvidaba. El médico don Lucas era un anciano respetable.)

Bajo secreto de confesión, la hermosa Pascuala—que éste era el nombre de la mujer del médico—refería á un rollizo padre franciscano las angustias íntimas de su vida conyugal y las faltas que la edad hacía cometer á don Lucas en el pago de lo que la Santa

Madre Iglesia llama el débito matrimonial.

Y resultado: que antes de darle la absolución, ya habían convenido la médica y el fraile en el medio mejor do ayudar al señor de Ventosa en sus tareas, y que consistía sencillamente en que así que don Lucas saliera á hacer sus visitas, Pascuala se quejaría de unos dolores terribles en el vientre, para lo cual no había remedio más indicado que llevarle una reliquia de San Francisco que se conservaba cuidadosamente en la sacristía del convento. Y dicho y hecho; la señora se puso muy mala, y el fraile se personó en la casa para ofrecer á la paciente sus cuidados.

Como al llegar se encontrase junto al lecho con más gente de la necesaria para llevar á cabo su obra meritoria, el sirviente de Dios comenzó por decir que lo primero que hacía falta era confesar á la paciente. Estas palabras bastaron para que se retirase todo el mundo, dejándolos completamente solos.

El franciscano procedió enseguida á la curación del grave mal que afligía á Pascuala, no empezando precisamente por la confesión, y ya estaban á punto de terminar la piadosa tarea, cuando don Lucas, avisado en la calle por un amigo de la enfermedad de su mujer, corrió desalado á su casa para prodigarle los auxilios de la ciencia.

Al entrar y ver al fraile en la alcoba se rascó la cabeza, hizo un gesto desabrido, se informó de la salud de Pascuala y despidió al fraile, sin atreverse á decir lo que sospechaba sobre la eficacia de la famosa reliquia.

Al poco rato encontraba un par de calzoncillos blancos debajo de la almohada de su mujer.

—¿Qué es esto?—preguntó Ventosa frunciendo el ceño y poniéndose de punta los pelos de la coronilla.

—Esto, esposo mío, es la reliquia del glorioso padre San Francisco, que, como me ha sentado tan bien, he suplicado á fray José que me la dejase por si me repetía el mal.

—¡Ah, ya!

Enterado fray José por la criada de la hábil disculpa de Pascuala, volvió aquella misma tarde por los calzoncillos, pero lo hizo procesionalmente, echando á vuelo las campanas, marchando al frente de la comunidad con cruz alzada y los hisopos empapados de agua bendita.

Recogió delante del pueblo prostrado los santos calzoncillos, los dió á besar á todos los asistentes, comenzando por el médico, y es fama que desde entonces se guardan en la sacristía del convento como sagrada reliquia para curar los dolores de vientre á las mujeres guapas, jóvenes y rollizas, siempre que estén adornadas de la primera virtud teologal: la fé.

Imp. Juan Pérez, -Paseo de Valdecilla, 2.-Madrid.